

Nueva Sociedad Separatas

Fernando Calderón
Introducción

Texto aparecido en

Fernando Calderón: *La reforma de la política. Deliberación y desarrollo.*
Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales - ILDIS /
Friedrich Ebert Stiftung - FES (Bolivia) / Nueva Sociedad, Caracas,
2002, pp 11-14.

Introducción

Si en la década de los 80 las diversas sociedades latinoamericanas vivieron una neurótica tensión entre la ilusión democrática y los costos sociales y económicos de la crisis y el ajuste económico, en los 90 la ilusión tendió a desvanecerse, mientras el crecimiento económico fue irregular y se asoció fuertemente al ensanchamiento de las brechas sociales prácticamente en todos los países de la región. Los latinoamericanos, una vez más, avanzamos muy poco.

Sí se avanzó en la valorización institucional de la democracia y en el reconocimiento de la importancia económica y cultural de la globalización; también se mejoraron algunos indicadores sociales, sobre todo en los planos de la educación y la salud, y hubo algunas reformas de racionalización y descentralización del Estado y procesos de integración subregional. En este sentido, el Mercosur y la Comunidad Centroamericana constituyeron avances importantes, pero poco sostenibles. Los resultados en términos de construcción de matrices socioeconómicas nacionales integradas y de posicionamiento económico objetivo a escala internacional fueron muy débiles. La región, con algunas excepciones, perdió tanto en el plano económico como en el sociocultural.

Se operó, pues, una suerte de integración limitada y pasiva en los procesos de globalización económica y cultural asociada con tendencias internas de desestructuración socioeconómica y cultural. El saldo fue una mayor complejización de las sociedades, que se diferenciaron y fragmentaron más y, a la vez, disminuyeron su capacidad de acción sobre sí mismas. La incertidumbre, la desconfianza y la inseguridad ciudadana son los nuevos síntomas de un malestar cultural generalizado en toda América Latina. Este fenómeno, si bien afecta al conjunto de las sociedades contemporáneas, en la región se vive desde pisos de mayor inequidad y menor capacidad institucional. El continente entró al siglo XXI con síntomas de agotamiento en el sistema de acción colectiva y con un tremendo malestar cultural, probablemente acentuado, además, por el nuevo curso histórico francamente pesimista que ya vive la humanidad después del 11 de septiembre de 2001.

En medio de todo esto, es la política, independientemente de su signo ideológico, la que terminó pagando el precio. Ella ya no está objetivamente

en el centro de los diferentes escenarios de toma de decisiones; las decisiones son más bien predominantemente económicas, probablemente vinculadas con las nuevas formas de poder internacional que, al tiempo de estar más concentradas, son más inmateriales. En este contexto, lo curioso, quizás lo paradójico, es que gran parte de los ciudadanos y de los mismos actores partidarios o de los movimientos sociales actúan y piensan como si la política siguiera jugando un papel fundamental y decisivo en la vida de la gente y en el desarrollo de los países. En realidad, como varios autores ya lo han mencionado, lo que se está viviendo es una bifurcación creciente entre economía y mundo cultural (Alain Touraine) o una distancia creciente entre el yo y la red (Manuel Castells). La política tendería cada vez más a cumplir roles más secundarios o complementarios en las nuevas relaciones de poder, y con esto la democracia representativa y los avances institucionales realizados enfrentan serios problemas casi en todas partes.

Los mismos analistas y políticos que propusieron proyectos neoinstitucionales o neoliberales se encuentran con graves limitaciones para reinventar sus ingenierías de gobernabilidad y mercado. Así, si bien en los 80 los populistas y los marxistas estuvieron presos de ideologías estatistas, hoy los neoinstitucionalistas o los neoliberales observan que sus propuestas políticas y de desarrollo económico resultan insuficientes frente a la creciente complejidad de las sociedades latinoamericanas. Da la impresión de que nuevas coordenadas de modernización, equidad, desarrollo y política están en el actual escenario latinoamericano, coordenadas ante las cuales los mapas cognitivos y las propuestas de acción mencionadas resultan insuficientes. Resulta pues esencial refundar la política.

El texto que sigue obviamente no pretende encontrar soluciones ni propuestas alternativas a semejantes problemas, sino tan solo indagar algunas hipótesis de salida progresiva a la crisis del cambio que vive hoy la región a partir de la idea de política deliberativa y de un nuevo tipo de desarrollo. Ciertamente, esta propuesta sería impensable sin los avances reales y analíticos realizados en la región tanto en el plano de la democracia liberal, como en el de las experiencias participativas sobre todo en el ámbito local y en la constatación de la necesidad de encontrar ópticas progresivas frente a la sociedad red.

La idea que deseamos exponer a lo largo del libro parte del reconocimiento de la existencia de una crisis política en los Estados nacionales y en sociedades crecientemente complejas, y argumenta que un nuevo tipo de política asociada con democracia deliberativa puede llegar a constituirse en

una opción de renovación de la política si se vincula con nuevos patrones de desarrollo sustentados en las propias capacidades de las personas, los actores y las instituciones.

La deliberación supone construir variados espacios públicos donde los actores, a partir de sus múltiples especificidades culturales y variadas condiciones económicas, actúen, se reconozcan y se comuniquen como iguales, puedan llegar a acuerdos que favorezcan el bien común y evaluar colectivamente los resultados alcanzados. Se trata de un mecanismo que busca acercar libertad e igualdad a partir de las capacidades políticas de la sociedad sobre la base de que el desarrollo se hace con otros distintos de uno. Esto en sí mismo sería un factor de desarrollo en la medida en que posibilitaría la construcción de opciones que los ciudadanos pueden elegir de acuerdo con sus culturas. La deliberación, como se argumenta en el texto, supone al menos el reconocimiento de la existencia de la igualdad política, de la equidad en los actos de habla y de la capacidad reflexiva de la sociedad. Aquí se apuesta por la idea de que la deliberación aumenta la calidad del sistema de toma de decisiones en democracia y fundamenta el ejercicio de una justicia distributiva realizada por la misma comunidad política, incrementando, además, la capacidad de las personas y de los actores para comprender y actuar mejor en medio de los avatares inciertos del cambio moderno. Se trata de reconocer la centralidad del conocimiento y de los cambios y los cruces interculturales en curso a partir de procedimientos deliberativos que, en su alteridad, pueden llegar a construir nuevos mapas cognitivos y nuevos proyectos de acción pública que favorezcan el desarrollo de sus mismas capacidades.

En este sentido, la deliberación es tanto un fin como un medio para el desarrollo y el desarrollo sólo puede ser entendido como el autodesarrollo de la misma sociedad. En el texto, el análisis de la deliberación está atravesado por cuatro temas que son cruciales para repensar la tesis mencionada: el nuevo rol del Estado, la búsqueda de una ciudadanía moderna y activa, la pobreza como cuestión política y la cultura de la paz en una región y un mundo violentos.

Las ideas planteadas a lo largo del texto son parte de un trabajo de largo alcance, que venimos realizando desde hace más de 10 años un grupo de intelectuales latinoamericanos que, en gran medida, compartimos la idea de que la sociedad y su capacidad de acción constituyen el eje de la democracia y el desarrollo. En el plano más personal, el presente ensayo se apoya en mis libros *Sociedades sin atajos: cultura, política y reestructuración*

económica en América Latina y Hacia un nuevo orden estatal en América Latina, trabajados desde Clasco conjuntamente con mi hermano Mario dos Santos; en ellos quedó pendiente reelaborar la relación entre desarrollo y cultura política. Más adelante, desde la Cepal, escribimos conjuntamente con Martín Hopenhayn y Ernesto Ottone *Esa esquivia modernidad*, tratando de auscultar las relaciones entre la Teoría de la Transformación Productiva con Equidad desde una óptica cultural. Más recientemente, en los ámbitos del PNUD y desde el enfoque del desarrollo humano, tuve la suerte de participar en, coordinar o asesorar a, según los casos, los equipos que dieron lugar a los *Informes de Desarrollo Humano* de Bolivia (1998, 2000 y 2002), Chile (1996 y 1998), Honduras (1998) y, en menor medida, el de Santo Tomé y Príncipe (2001) y el *Informe de Seguridad Humana* de Bulgaria (1998).

Para terminar, desearía agradecer a varios amigos e instituciones que me apoyaron generosamente en la elaboración del libro. Al Spanish and Portuguese Department de la Universidad de California en Berkeley, particularmente a los alumnos de mi seminario sobre política y desarrollo; a Manuel Castells, que en múltiples oportunidades comentó y discutió las principales ideas contenidas en este libro; a José Rabasa y las célebres tertulias en el Café Roma de College Avenue; a Carlos Felipe Martínez, Coordinador Residente del Sistema de las Naciones Unidas en Bolivia; a mis colegas Natasha Loayza, Hugo José Suárez, Armando Ortuño, Antonio Aranibar, Patricia Cusicanqui y Santiago Daroca, del equipo del *Informe de Desarrollo Humano* de Bolivia; a Eugenio Ortega, Norbert Lechner, Pedro Güell y Rodrigo Márquez, del equipo del *Informe de Desarrollo Humano* de Chile. Mi agradecimiento especial a Alain Touraine, Francisco Delich, Luis Cárcamo y Gerardo Berthin, por sus comentarios, y a Yesko Quiroga y Carlos Toranzo del Ildis-Bolivia, por su apoyo para la publicación. Finalmente, quiero agradecer a Alicia Szmukler, quien comentó y me motivó constantemente a escribir este libro. Mil gracias a todos ellos por su apoyo y su generosidad.

F.C.G.